

TRATADO 17

LA COMUNIÓN, REMEDIO CONTRA EL PECADO VENIAL.

In me manet, et ego in illo.

Está en Mí, y Yo en él.

(Jn., 6.)

1.—*Introducción. Cristo vino a destruir el pecado.*

Mucho se admiró el sacerdote Abimelec (1 Reg., 21) de ver que David, principal persona del reino, señalado en armas, y yerno del rey, y de toda parte varón ilustre y digno de honra, venía solo y sin armas, como si fuera un hombre particular y pobre; y deseando mucho saber la causa de tal novedad, le preguntó: *¿Por qué vienes solo, y nadie contigo?*

Y si nosotros tuviésemos sentido cristiano para sentir la admirable obra que el Verbo de Dios hizo en tomar nuestra carne y andar por este mundo solo y en hábito de pobre, sin armas y sin otro subsidio temporal, nos maravilláramos mucho de que siendo Dios, en cuya comparación todas las cosas, por altas que sean, se dicen no ser, y le deben servicio y acompañamiento, le preguntáramos, y no sin lágrimas: Señor, ¿por qué estáis solo en vuestro nacimiento, en vuestra vida, y mucho más, puesto en una cruz y en un sepulcro; tanto más solo, cuanto más acompañado de aquella muchedumbre de gente, que no sólo no os reverenciaba, mas despreciaba, aborrecía y atormentaba? ¿Por qué, Señor, y sin armas?

David respondió a Abimelec que el rey le mandaba ir de tanta priesa y con tanto secreto, que ni hubo lugar para tomar armas, ni para llevar gente consigo, ni convino, porque el camino fué muy secreto. Mas la verdad era que él iba huyendo del rey Saúl porque le quería matar. No responderá nuestro David, a quien le preguntare esto, porque va huyendo

de la muerte que su suegro le quería dar; mas dirá que él viene solo y sin armas, porque el Hijo de la Virgen *vino a servir y no a ser servido* (Lc., 21); y para este oficio más conviene venir solo y pobre, que rico y acompañado. Tampoco trae espada, porque no viene a juzgar el mundo, sino a salvarlo; ni viene huyendo de la muerte, sino a buscarla, y *dar su ánima*, como Él lo dice, *por rescate de muchos*. ¿Quién no se admira de tal caridad, que no mira a su descanso, sino a nuestro provecho; y lo desea tanto, que no dudó de perder su vida por darnos vida, y matar en Sí mismo las enemistades que estaban entre Dios y nosotros, como dice San Pablo? (Efes., 2). Si queréis saber por qué el Señor anda solo, por qué pierde su vida en la cruz, es por hacer paces entre Dios y los hombres; lo cual no puede haber habiendo pecados, ni se pueden quitar los pecados sino por la muerte y por derramamiento de sangre de Jesucristo.

Grande es, y muy grande, la conveniencia y amistad que hay entre Dios y los hombres, pues Él los quiso honrar tanto, que los crió a su imagen y semejanza; y no hay pintor que si pinta a sí mismo, si es perito en el arte, y él es hermoso, que no ame haberse pintado y se huelgue con la imagen que le representa. Y si no se entremetiese entre Dios y el hombre el pecado, no habría cosa que bastase a poner mal a Dios con su imagen, ni aun habría cosa en ella que desagradase los ojos de su Criador.

¡Oh pecado, que haces divorcio entre tales casados, que apartas cosas tan juntas, que tanto se aman! ¿Quién no se espantará de ti, de que puedas tornar a Dios de manso en airado, de amoroso en aborrecedor, y que envíe al infierno, y para siempre castigue a quien crió a su imagen y semejanza, y aun a quien había tomado por hijo y prometido la herencia del cielo? ¿Quién habrá que no te aborrezca, sino quien no te conoce, o a quien no se le da nada por estar mal con Dios ni ser de Él castigado?

Fortísima cosa es el pecado, y fortísima enemistad causa entre Dios y el hombre. Y quien quisiere estar bien con Dios, aborrezca el pecado, y entienda que por ninguna otra vía, ni medio, ni puerta puede entrar a privar con Él, si no fuere aborreciendo, huyendo pecados. Y en ellos nos estuviéramos, si el Hijo de Dios no viniera a pelear contra ellos y a quitar los de nuestras ánimas, para que ellos quitados, nos

mirase Dios con ojos amorosos, y nos diese su gracia y su paz, viviendo con el sosiego y concordia que el buen padre con buenos hijos, o marido y mujer. Y porque ya se ha dicho de cómo este Señor por su Sangre en la cruz nos mereció el perdón de nuestros pecados, y en los santos Sacramentos y en este santísimo del Altar se nos aplica el perdón de los pecados mortales, resta ahora decir cómo también nos trajo remedio para pecados veniales. Porque es tan grande el amor que nos tiene, que no se contentó con quitarnos los pecados que nos hacen perder a Dios para siempre, y ser atormentados en el infierno sin fin, mas aun aquellos por los cuales somos castigados en purgatorio, y hacen nuestro trato con Dios desabrido y desgraciado en alguna manera.

Y si esto entendéis, no caeréis en un error, en gran manera dañoso, en que muchos están, no haciendo caso de pecados veniales, pareciéndoles que apartarse de ellos o hacer penitencia de ellos es una cosa sobrada, o que va poco en ella, y que es cosa que conviene a los Santos y no a los medianos cristianos.

2.—*El pecado venial es pecado; es ofensa de Dios.*

Decidme, hermano: Si una mujer os dijese: «Con que yo no os haga traición con otro hombre, o no os fuere a las barbas, o diere bofetadas en la cara, o cosa semejante de aquéstras, de esotros enojos que os diere no se me da nada, o muy poco»: decid vos que tenéis hijos, diga el señor, diga el rey que tiene vasallos, y para que todos entremos, digan los que tienen amigos: Si os dijeren todos éstos: «Cuando yo no hiciere cosa contra vos que sea digna de muerte, poco va en que os haga otros enojos cualesquiera que sean», ¿quién podrá sufrir tal respuesta? ¿qué trato sería entre los casados? ¿cuándo habría paz entre padres e hijos? Ni se hablarían, ni holgarían de estar juntos, y poco a poco vendrían a del todo apartarse.

¿Queréis saber qué es pecado venial? Digoos que es *pecado*. Entendedme; digo que el pecado venial no sólo es pecado venial, mas a boca llena es *pecado* (1).

(1) *Jn.*, 1.; *Prov.*, 14; *Jac.*, 3; *Concil. Milev.* c. 6, 7; *Mt.*, 6.

No os engañéis si leyéredes en algún Santo que este nombre *pecado* es análogo a pecado mortal y a pecado venial: que también este nombre, *Ser* o *Substancia*, *Bondad* o *Sabiduría*, son análogos, según aquel Santo, a Dios y a la criatura; mas no por eso dejamos de decir que el hombre tiene ser y tiene substancia, y bondad y sabiduría, ni el Santo quiso decir otra cosa. Ni piense nadie que, como decimos que el hombre muerto no es hombre, así el pecado venial no es pecado; eslo, cierto, y a boca llena; y así lo llaman los santos todos, y como a tal lo huyen, y como a tal lo lloran cuando lo han cometido.

Y a quien le pareciere pequeña la autoridad de ellos, oiga la palabra de Cristo nuestro Redentor, que dice (*Jn.*, 20): *Cuyos pecados perdonáredes, serán perdonados; y los que retuviéredes, serán retenidos.* En las cuales palabras instituyó el santísimo sacramento de la Penitencia, por el cual son perdonados a los que vienen dispuestos, no sólo los mortales, mas aun los veniales; que muy mal se engañaron los que pensaron que los pecados veniales no son materia del santísimo sacramento de la Penitencia (2). Si dijeran que no son materia necesaria, acertaran en ello; mas si se confiesan, verdaderamente obran en ellos las llaves, y la verdad de este santísimo sacramento; de manera que se comprenden en aquellas palabras de Cristo nuestro Señor, *cuyos pecados perdonáredes serán perdonados*, aunque no se digan veniales (3).

¿Queréis que lo diga el mismo Señor otra vez tan claro como aquésta? Díónos manera de orar, y pedir perdón de estos pecados veniales; y lo que por un Evangelista (*Mt.*, 6) dice que digamos: *Perdónanos nuestras deudas*, en otro (*Lc.*, 11, 4) dice: *Perdónanos nuestros pecados*, sin decir veniales o no; porque en este nombre *pecados* se entienden unos y otros; pues que esta oración no sólo la rezan los que están en pecado mortal, mas aun los que están en estado de gracia, que cometen veniales. Y si bien se mira, más es oración propia de estos tales, que siendo hijos por gracia, llaman Padre a Dios, que no de los que están en pecado mortal, enemistados con Dios, indignos de llamarle Padre, y si se lo llamaren, les

(2) *Triden.*, sess. 14, c. 5.

(3) Aunque no se mencionen explícitamente los veniales.

puede Él responder con mucha verdad (*Jn.*, 8): *Vosotros hijos sois del diablo.*

Y si queréis otro nombre del pecado venial, que os parezca más feo, San Jerónimo (4) dice que «no es cosa liviana *ofender a Dios*, aunque sea en cosas que sean de sí muy livianas».

Y porque no penséis que no se atrevió él (5) a poner este nombre tan infame a cosa que tanto vos tenéis por liviana, oíd al Espíritu Santo, que por la boca de aquel santísimo varón Santiago (3, 1, 2) dice de esta manera: *Hermanos, no queráis ser hechos maestros, porque sabed que tomáis sobre vosotros más peligroso juicio; porque todos hemos ofendido en muchas cosas.*

Y siendo esto verdad, no acierta quien dice que en el pecado mortal hay *ofensa* de Dios, y en el venial no. Ofensa hay, y aunque es mucho menor sin comparación, ¿quién habrá que tenga en poco cosa con que Dios se ofende, cosa que le desgracia el corazón, no para echar a su hijo o esposa de su casa, mas para no tratarla con aquella blandura y paz que cualquiera desea ser tratado? Y veces hay que les quita por esto los regalos e inspiraciones espirituales, y hablas que con ellos tenía; las cuales cosas quien las tiene en poco, no las ha experimentado; y quien las ha perdido por los pecados veniales, yo aseguro que no las lllore poco, ni las huya poco.

3.—*El pecado venial es mancha y enfermedad del alma.*

Mas si por aquí no entendéis la malicia de pecados veniales, decíroslo hemos por semejanza. San Bernardo dice que el pecado venial ensucia el ánima. Y otro [santo] dice que es como lodo y como polvo que se echa sobre ella. Mirad vos. si sois hombre, o si sois mujer, si os holgaréis de traer suciedad, barro o polvo, en la cara; y creo me responderéis, que ni aun en los brazos, manos ni pies: poco es digo, que ni en vuestro bonete, ni la mujer en su tocado, ni en vuestra ropa, ni en el cabo de ella, ni en vues-

(4) *Epist. ad Thesiphon.*

(5) Que fué atrevimiento del Santo llamar *ofensa* de Dios al pecado venial.

tros zapatos. ¿Decíslo así? *De tu boca te juzgo, siervo malo* (Lc., 19): así dirá el Señor, cuando en la hora de vuestra muerte os tome estrecha cuenta de vuestros pecados chicos y grandes, para convenceros, sin otros libros, sin otras razones y autoridades. No sufrés un poco de barro en tus faldas, ni en tus calzas, ni en tus zapatos, ¿y súbreslo en ti mismo, y en la mejor parte de ti, que es el ánima, y en sus principales potencias, que son entendimiento y voluntad? ¡Oh sentido tan al revés! ¡Oh sentido tan engañado! Y con cuánta verdad dijo de los tales (Ps., 19): *Mentirosos son los hijos de los hombres en sus balanzas*. ¿Qué es esto, hermanos? ¿Tan vivos para sentir los males del cuerpo, de la hacienda, de la honra? —¿qué os diré?—de un poquito de barro en la capa, de una pajica, que traéis un mozo para que os la quite? Y que los que tenéis ojos para mirar cosas tan pequeñas, los que tenéis pesos para ponderar mucho la falta de la salud que tenéis, las necesidades, los trabajos que pasáis con vuestros hijos, con vuestros maridos, con vuestras mujeres, los cuales contáis muy por extenso, y aun os enojáis si no os lo creen y os ayudan a decir que es así, ¿por qué en los males del ánima—el menor de los cuales es mayor mal y os hace más daño que cualquier de esotros y que todos juntos, y que tanto ponderáis y sentís—estáis tan muertos a ellos como si fueran nada, y por risa los cometéis, y después de cometidos, dáseos muy poco por ellos?

¿Queréis que os diga la causa? Oíd a San Pablo (Rom., 8): *Qui enim secundum carnem sunt, quae carnis sunt sapiunt: qui vero secundum spiritum sunt, quae sunt spiritus sentiunt*. Esto tenga por cierto quien no siente el lodo de los pecados veniales; que, c no tiene la gracia de Dios, y como muerto no siente nada, o tiene tan poca, y tan poco sentido espiritual, que si no le dan una puñalada mortal, no siente las otras heridas, ni bofetadas, ni azotes. El Señor dijo (Jn., 10): *Yo vine para que tengan vida, y más abundantemente tengan vida*. Porque no se ha de contentar el cristiano con tener una vida tan flaca y enferma, que no tenga más de vida, de que no está muerto del todo. Vivo está uno que está desahuciado de médicos, y oleado por el sacerdote; mas no creo que os contentariades vos con tener vida tan cercana a la muerte, y vida de que tan poco gozáis. Si

amáis vida del cuerpo, sana, recia y alegre, ¿por qué la del ánima la queréis al contrario? El pecado mortal es muerte del ánima, y el pecado venial es enfermedad de ella; y la enfermedad hace al hombre flaco para hacer obras y para trabajar, quítale la fuerza para llevar cargas, y trae al hombre desabrido, y algunas veces tanto, que daría todas sus riquezas, y tener pobreza, por un poco de salud.

¿En qué andáis quejándoos de desconsuelos, desasosiegos, descontentos y cosas semejables, que las sabéis sentir y no remediar, ni aun entender la causa de ellas? Sabed que la enfermedad—cuanto más si es más que una, y mucho más si dura años—es cosa muy desabrida, y así lo es el pecado venial para el ánima; y que ese contento que vos deseáis es efecto de ánima sana, que con cuidado huve de pecados veniales, y tiene fuerza para hacer buenas obras, y paciencia para trabajos, y en lo uno y en lo otro está conforme con la voluntad del Señor. Que gran verdad dijo la Escritura (*Prov., 16*): *Que la sanidad del ánima es dulcedumbre de los huesos. Que como los malos no tienen paz, tampoco pueden tener alegría.*

4.—Castigo del pecado venial.

Y si no escudriñáis estos males, deciros he lo que dijo San Gregorio: *Los ojos que la culpa cierra, la pena los abre.* Día vendrá, cierto, en que experimentéis la estima en que Dios tiene los pecados veniales, y por cuán ofendido se tiene de ellos; y os lo enseñará a poder de castigos, y castigos de fuego, y recísimo fuego en el purgatorio. ¿Quién creerá esto, si Dios no lo dice? Mas dícelo Él, y por eso el cristiano no le debe dudar. Palabras son del Verbo encarnado, verdad engendrada del Padre, que *de cualquiera palabra ociosa que los hombres hablaren, darán cuenta en el día del juicio (Mt., 12).* ¡Oh cosa tan lejos del sentido de muchos! ¡Oh peso más sutil que el de la plata, ni oro, ni piedras preciosas! Pues para que una balanza de aquello algo se abaje, es menester algún peso, por chico que sea; y en el peso del juicio de Dios, una palabrilla, que es un poco de aire, dicha sin causa, pesa en el peso, y lo abaja para ser castigado el hombre que la dijo.

¿Mas con qué, Señor, la castigaréis? Cosa terrible, que el castigo de los pecados veniales en el purgatorio es vivísimo fuego, y no como el de acá, mas que atormenta tan gravemente, que no se pueden comparar con él las penas que acá pasaron los mártires aunque sea el ser desollado de San Bartolomé, y el ser asado de San Lorenzo, y todos los demás tormentos que en este mundo se han dado. ¿Qué os diré? Que hay penas en el purgatorio más recias que las que pasó Jesucristo nuestro Señor con sus cinco mil azotes que le dieron, con la corona con que le traspasaron su santo cerebro, y con los tormentos que sobrepujan a todo sentido, que en la cruz y en la muerte pasó.

Testimonio claro es aqueste de la Bondad divinal, pues tan reciamente castiga los pecados mortales, de los cuales aquí no se hizo entera satisfacción, y los pecados veniales, que tan livianos parecen. Y si el castigo fuera en el infierno, donde están los que mal le quieren, y son enteramente sus enemigos, no pareciera tan grave el rigor; mas castigar en el purgatorio con fuego y con tan graves tormentos, a los que tiene en su gracia, a los que son sus hijos y miembros vivos de Jesucristo, y a los cuales ama tanto, que después de aquellos trabajos los ha de llevar a la gloria del cielo, esto parece mayor rigor en su modo que el de los dañados en el suyo. Da a entender Dios en castigar tanto los males de sus propios hijos, cuánto quiere que sean buenos; y aborrece tanto la maldad, porque es muy amigo de la bondad, y Él mismo es la misma Bondad esencial e infinita.

Y a quien esto le parece rigor, ni tiene lumbre de la verdad, ni amor entrañable de la bondad. No es verdaderamente casta la mujer casada, que le parece mucho rigor que el castigo del adulterio sea el cuchillo del marido que le corte la cabeza. Ni me parece del todo leal el criado del rey, que le parece pena demasiada la que se pone contra los traidores. Ni aun ama la fe católica como es razón, el cristiano que no le parece justísima pena que la herejía sea castigada con fuego. Riñe el padre virtuoso, o madre, con el hijo liviano y derramado, y parécele al hijo que le encarece su padre las culpas más de lo que era razón; y a la hija liviana parécele incomportable su madre, porque le manda esconderse y recatarse de las ocasiones que le pueden traer a perder la castidad, o

cuando la castiga por algún defecto que acerca de ella haya hecho.

No es pequeña merced de nuestro Señor, ni pequeña señal de tener un hombre su espíritu, cuando siente de las culpas ser cosa muy mala, y los castigos menores de los que ellas merecen. Y así dice San Agustín, que el que tuviere sentido de la altísima sabiduría y lumbré de Dios, juzgará que el castigo que hizo Dios en todos los hombres desde el principio del mundo hasta el fin por el pecado de Adán, nó le parecerá ser sobrado, sino justo. Por tanto, quien del castigo que Dios hace por los pecados veniales se escandalizare, testimonio da de la poca lumbré que tiene, y del poco amor de la bondad, con el cual siente poco la pérdida de ella; y por el mucho amor que tiene a la carne, le parece recio el castigo. Él es el que tiene falsas balanzas; que *los juicios de Dios*—como dice David (Ps., 18)—*verdaderos son y en sí mismos justificados*, y con gran verdad se canta de Él (Deut., 32): *Dios es fiel, y sin ninguna maldad, justo y derecho*.

Y así como su castigo pone temor a los malos, así pone gran consuelo a los buenos. Porque demostrándose tan justo en aborrecer y castigar aun los males pequeños, declara cuán largo es en galardonar los bienes aunque pequeños; y que si aborrece al malo, ama al bueno, y que en queriendo uno, será favorecido de Dios con toda su omnipotencia.

¿Quieres, pues, cristiano, no temer el castigo de Dios y su justicia? *Haz bien*, como dice San Pablo (Rom., 13), *y serás alabado y favorecido de ella*.

5.—Desigualdad de penas en el purgatorio.

Y entiende que así como los pecados veniales no son todos iguales, tampoco la pena que por ellos se da. Y aunque lo que dijo San Gregorio, de ser mayores las penas del purgatorio que las penas de Jesucristo nuestro Señor, sea verdad cotejando la mayor pena del purgatorio con la Pasión del Señor: mas las otras penas no se sigue que sean mayores ni que sean iguales. Aquí se verifica también como en el castigo del infierno (Apoc., 18): *Según la medida del delito, será la medida de los azotes*. San Pablo dice (1 Cor., 3) que *sobre el buen fundamento*, que es la fe, esperanza.

y caridad, por el cual está un hombre en estado de gracia, unos—y éstos son los buenos y aprovechados cristianos—*edifican oro, plata y piedras preciosas*, que son buenas obras, edificio conforme a tan buen fundamento. Mas otros hay mal mirados, negligentes y de poco saber, que no siguiendo la conformidad con el buen fundamento, *edifican madera, heno y paja*, cosas que ni tienen firmeza, ni valor de oro ni plata ni de piedras preciosas; y no sólo no tienen valor de bien, mas aun pérdida y mal. Y aunque esto no se conozca ni se estime, *el día del Señor*—dice San Pablo—que es el día de la muerte, donde Dios ha de juzgar a cada uno según sus obras, aquel día, con el fuego que ha de traer, manifestará qué tal es la obra de cada uno; y si ha edificado oro, plata y piedras preciosas, aunque pase el fuego por él no le quemará, ni el tal hombre perderá nada de su edificio; mas el que edificó la madera, heno y paja, no le hace injuria el fuego en se la quemar, pues es propia materia donde él prende y con que se ceba. Y aunque el tal fuego no le cause condenación del infierno, porque halla allí fundamento de fe, esperanza y caridad, mas atormenta al tal hombre por los pecados veniales; *y salvarse ha, mas por medio del fuego*. Y éste será más recio cuando quemare la madera, y menos cuando quemare al heno, y muy menos cuando la paja.

6.—*Diversa gravedad de los pecados veniales.*

Diferentes son las mansiones de la gloria que hay en el cielo, diferentes las sillas de los condenados en el infierno, y también diferente el castigo de los hijos en purgatorio (6). Si vuestros pecados veniales son *muy graves* y gruesos como *madera*, así como una gula destemplada en comer o beber, un exceder mucho en precio y curiosidad de vestidos, unos deshonestos pensamientos con mucha negligencia tenidos, aunque no lleguen a pecado mortal, y cosas de esta manera que traen consigo culpa notable, que parece que frisan con pecado mortal, tened entendido que cuando os muráis lleváis *madera* con vos, y que prenderá

(6) Véase *Lecciones sobre la Primera Epístola de San Juan*, c. 2, v. 5.

en vos el fuego de la divina Justicia, tanto con mayor rigor, cuanto vos llevasteis materia en que el fuego mayor llama hiciese y más tiempo durase. Y tener en poco estos pecados veniales, es causa o de graves tormentos en el purgatorio, o de cometer acá pecados mortales. Y por esto está mucha gente perdida; porque escrito está: *Como de la cara de la culebra, huye el pecado* (Eccli., 21). Si queréis tener guardada vuestra anima de pecados mortales, tenedla guardada de los veniales, y especialmente de los mayores; porque sin esta guarda y cuidado, entended que la serpiente del pecado mortal os ha de morder, y las bestias, que son los demonios, han de entrar en la heredad de vuestra ánima, y hollarla y pacerla, y hacer morada en vos.

Tras estas culpas gravísimas, figuradas en la *madera*, vienen otras que son menos graves, algunas de las cuales cuenta el glorioso Doctor San Agustín en el libro de *Natura et Gratia*, diciendo así: *Hac ergo Virgine Maria excepta, si omnes illos Sanctos et Sanctas cum hic viverent, congregare possemus, et interrogare, utrum essent sine peccato, quid fuisse responsuros putemus? Utrum hoc quod iste dicit, an quod Joannes Apostolus: Si dixerimus quod peccatum non habemus, ipsi nos seducimus, et veritas in nobis non est?* (1 Jn., 1.) No es cosa tan grave un pecado venial hecho por inadvertencia, y aunque sea advirtiendo, como el que tiene raíz en el corazón, de inclinación natural, de mala costumbre, de afección *pegada*, o deshonesta o de codicia o de honra o de cosa de esta manera, que como raíz o árbol brota aquel fruto de sí.

Tenga grande atención quien quiere tener cuidado de sí, de que la fuente *donde* mana su agua, que es su corazón—por el cual se entiende la voluntad—esté limpia, no *pegada* con amor demasiado, aunque no mortal, con criatura ninguna. Porque así como juntándose el agua y la tierra se hace lodo, y ensucia a quien lo trata, así quien *pegare* su amor con la criatura, si no fuere por Dios nuestro Señor, entienda que tiene lodo dentro de sí, y que por hermosa o preciosa que le parezca la tal criatura, se ha de verificar lo que dice el Espíritu Santo (Eccli., 13): *Quien tocara la pez, será ensuciado con ella*. Y cuando estas aficiones no se quitan del corazón, acaece muchas veces estarse los hombres con los pecados veniales que de ellas proceden, sin mirar en ellos, ni sin arrepentirse de ellos; y aunque confiesan, no se les qui-

tan, porque les place tener aquella afección, y no procuran de quitar la raíz que en el corazón está, que es causa y ocasión efficacísima para que muchas veces el hombre haga obras conforme a la tal afección, y muchas veces sin mirar en ello.

Examínese, pues, cada uno con diligencia y cuidado, y mire dónde tiene puestos sus pies, que son las afecciones de su corazón, sus inclinaciones, el amor de los hijos, y el de los casados uno en otro, y de cosas semejantes; y oigan lo que dice San Agustín: *Señor, poco te ama quien alguna cosa ama contigo, que no la ama por amor de Ti*. No es este amor tal que haga amar a la cosa más, o tanto como a Dios nuestro Señor; mas aunque sea menos, hay desorden, porque no se ama por Dios, o en Dios; y tanto se le quita a! amor divinal, cuanto se le da a éste. Y por esto dice el Apóstol San Pablo (1 Cor., 7): *Los que tienen mujeres, como si no las tuviesen; los que compran hacienda, como si no la poseyesen; los que usan de este mundo, como si no usasen de él; porque la figura de este mundo se pasa*. Eso quiero; quiero que estéis sin congoja; y la congoja, del amor desordenado procede.

Y aunque la tal inclinación o afección no es pecado cuando [no] sale en acto, mas según se ha dicho, es grande ocasión para él; y muchas veces obra el hombre, de dentro o de fuera, conforme aquella afección o inclinación que tiene dentro de sí. *¿Quién tendrá el fuego en su seno—dice la Escritura (Prov., 6)—y no se quemará?* Sacudirlo conviene de sí, si no queremos llevar a otro mundo manojos de *heno* en que ardamos, y nos atormente el fuego de la divina justicia.

Y quien de ella y del heno hubiere escapado por la misericordia de Dios nuestro Señor, dando Él su gracia, con la cual el hombre vive con muchó recato, teniendo su ánima purificada de extraño amor, viviendo con diligencia, mirando qué piensa, qué habla y qué obra, procure de guardarse también de otros pecados veniales, que son muy menudos, significados por *paja*, la cual, aunque se quema en el fuego, ni es tan recia ni tan durable como las otras cosas. Estos pecados son tan sutiles, que algunos de ellos caen aun en los hombres muy santos; tanto, que sacado el Hijo de Dios y su Madre bendita, ninguna persona ha habido en el mundo, ni la habrá, que no edifique alguna paja de

aquéstas; unos más veces que otros, y más grandes pajas que otros. Mas estar sin ninguno, si no fuere por algún tiempo no largo, ni es, ni puede ser, si no fuese por algún particular privilegio, cual fué dado a la sacratísima Virgen María, como el santo Concilio Tridentino lo afirma (7).

Vida miserable es aquésta, en la cual los más descuidados caen en pecados mortales; y los que algún cuidado tienen para huir éstos, caen en veniales, y muy graves; y los más cuidadosos, en menos graves. Y que por santo que un hombre sea, aunque sea Apóstol de Dios, que fueron los más santos en santidad que todos los otros, no escapan de aquestas culpas, aunque muy livianas. Y el castigo de todas dice el Apóstol San Pablo (2 Tess., 1) que es fuego. ¿Qué remedio, hermanos, tendremos, pues que nuestros pecados veniales en unos serán pajas, y no muy pequeñas, en otros heno, en otros madera, y ha de quemarnos el vivísimo fuego del purgatorio, del cual no saldremos *hasta que*—como dice el santo Evangelio (Mt., 5, 26)—*paguemos el postrer cuadrante*, que vale dos minutos; y otro Evangelio (Lc., 12, 59) dice, *hasta que paguemos el postrer minuto*, que, según declara Orígenes, quiere decir las mínimas culpas que hubiéremos cometido?

Recia cosa es fuego; y como dice San Agustín: «Aquel fuego excede a toda la pena que han pasado en este mundo los mártires»; y de fuego tan vengativo Dios nos libre, aunque no nos queme como a los que más quema. No puedo sufrir tener llegada la mano a un fuego de acá más de lo que conviene; siento mucho caerme en la mano una centella o agua hirviente; ¡y que me meta[n] el ánima entera, que es la raíz del sentir, en el fuego tal como aquél! No es buen consejo. Aprovechémonos de la misericordia de Dios, que por la Sangre de Jesucristo nuestro Señor perdona con misericordia en este mundo los pecados veniales; y es fácil cosa sufrir aquí el castigo de sus manos, que por ellos nos da para que no vayamos al fuego del purgatorio, donde su justicia con rigor castiga las culpas; y aunque no para siempre, mas en su manera se puede decir con mucha verdad lo que San Pablo dice (Hebr., 10), que *es cosa espantable caer en las manos de Dios vivo*. Aprovechémonos de la

(7) Sess. 5 de peccato orig. ad finem.

amenaza de allí para no ir allá; tomemos los remedios suaves en este mundo, que la Sangre bendita de Cristo nos ganó, el cual por su grande amor nos lavó de nuestros pecados, y con su Sangre. ¿Tenéis muchos? Creo que sí. ¿Os dan pena? También lo creo. ¿Pero quién no la recibirá de haber dado enojos a Dios, aunque no sean mortales? ¿Y quién no deseará de tener con Él comunicación amorosa, estando en su gracia, y teniendo con Él trato gracioso? También creo que también desearéis tener vuestra ánima limpia, sin lodo y sin polvo, y no probar a qué saben los tormentos del purgatorio, a lo menos, lo menos que pudiere ser, en cuanto fuere en nosotros. Oídmelo que deseáis estas cosas, y bendecid al Señor, que con el grande amor que nos tiene, ordenó medicos de paz, y paz perfecta, quitando de en medio todo enojo, grande o chico, que esté entre Dios y entre nosotros.

7.—*Por la Comunión se perdonan los veniales.*

Y pues que la Sangre de Jesucristo, derramada en la cruz en remisión de nuestros pecados, es la que los quita en los Sacramentos, y por los medios que diremos, no porque ella realmente esté en ellos ni en aquellas cosas, ¿cuánta más razón es que por este divinísimo Sacramento, en el cual está presente la misma Sangre que fué derramada en la cruz, se perdonen los pecados veniales? El mismo Cuerpo que en la cruz estuvo, la misma Sangre que se derramó, ése comemos y ésa bebemos, en memoria de aquella sagrada Pasión que se celebró en remisión de nuestros pecados. No es mucho, pues, que representándose aquí el derramamiento de aquella Sangre, y estando ella presente aquí, bebiéndola con devoción se nos aplique el perdón que allí nos ganó.

San Ambrosio dice: «Si la muerte del Señor anunciamos en este Sacramento, y el perdón de los pecados, yo debo tomarla siempre para que se me perdonen mis pecados siempre; y yo que siempre pecco, debo tomar siempre la medicina.» ¿Qué no se podrá esperar de tan grande merced como es recibir aquí al mismo Señor, fuente de toda gracia y de todo perdón? Pues como dice San Pablo (*Rom.*, 8): *Todas las cosas nos dió con el Hijo*, no dude nadie de recibir el

perdón, pues que aquí está el sacrificio, con tal que venga el hombre aparejado como debe venir.

8.—*Limpieza del alma para comulgar.*

Cosa es de considerar cuántas preparaciones se requieren para bien gozar de aqueste Señor, significadas en las santas palabras que el Señor a sus discípulos el Jueves Santo en la noche antes que los comulgase les dijo, con las cuales les limpió las ánimas de las inmundicias que se les habían pegado de las ordinarias flaquezas, y particularmente de la soberbia y *contención* (8) que habían tenido, deseando ser cada uno mayor, y pensando que lo merecía ser en ausencia de su Maestro. Reprendióles y enseñóles el Señor. y no sin fruto, pues dijo: *Vosotros limpios estáis por la palabra que os he hablado* (Jn., 15, 3).

—Pues si están limpios, Señor, ¿para qué es esa bacía de agua? ¿el ceñiros el lienzo? ¿el arrodillaros delante de sus pies y lavárselos con vuestras sacratísimas manos?

Ser obra sin provecho no se puede creer, así por ser tan admirable, como por ser Vos el que la hacéis.

—Y no es el provecho sólo darles el ejemplo de numidad, mas también, como San Bernardo dice: «Este es ministerio de perdón y limpiamiento de nuestros pecados.» *Si no te lavare*—dijo el Señor a San Pedro—*no tendrás parte en la gloria conmigo* (Jn., 13, 8). Porque para entrar allá ha de estar un hombre limpio de todo pecado mortal y venial. Y porque el Señor los quería del todo limpios, y ya lo estaban de los mortales, y no de todos los veniales, limpiólos el Señor de fuera y de dentro, para que así fuesen, del todo limpios, a recibir su santísimo y limpiísimo Cuerpo.

Es tanta nuestra flaqueza, especialmente la de los flacos e imperfectos, que aunque ahora los limpie el Señor de algunos veniales, les quedan otros; o si los limpia de todos, tornan presto a algunos de ellos. Si vos habéis de hacer lo que es razón para purificaros de los pecados veniales y recibir a este Señor, aunque haya poco que os habéis confesado, es razón que la noche antes os recojáis y miréis con atención la grandeza del Señor que habéis de recibir otro día; y cuán

(8) Altercado, contienda.

justamente a nuestra ánima, que ha de ser *su casa*, se le debe pedir *toda limpieza* (Ps., 92, 5) y mirar y remirar los escondrijos de vuestro corazón; y lo que en él halláredes no limpio, y con todo lo demás que habéis hecho, gemidlo, para que mediante vuestro dolor, el Señor os lo perdone y limpie vuestra ánima. Y tras esta purificación reconciliaos después, y seréis purificado otra vez por el santo sacramento de la Penitencia, figurado en aquel gran vaso lleno de agua que mandó Dios nuestro Señor poner a la puerta del templo, en el cual se lavasen los sacerdotes primero que entrasen a sacrificar (Ex., 30, 18).

Comiézase luego la Misa, y tornáis a decir la confesión general, con la cual se perdonan como hemos dicho, los pecados veniales; y después del Evangelio y el Credo tornáisla otra vez a decir (9); y después otra vez cuando ya estáis para recibir al Señor. Y aunque sean muchas las purificaciones, es tanta nuestra impuridad, y la pureza de este Señor que vamos a recibir, que siempre hemos de pensar que aun nos queda algo de purificar; y aunque no nos quedase, toda pureza es menor de la que se debe a Señor tan limpio, que San Juan Bautista, siendo como ángel en la tierra, tiembla de le tocar, y los ángeles de le adorar.

9.—*Cristo es fuego purificador.*

Mas no penséis que habiendo vos hecho según vuestra flaqueza estas diligencias y otras para llevar vuestra ánima limpia para recibir al Señor todo limpio, que si con todo eso os quedan pecados veniales, ha de haber el Señor asco de vos, y entrar de mala gana en vuestra ánima. Acordaos que el Profeta Isaías (6, 3) fué puesto en espíritu en un templo donde vió un gran Señor, de cuya majestad estaba llena toda la tierra, al cual los serafines con grande clamor le cantaban diciendo: *Santo, Santo, Santo, Señor de los ejércitos; toda la tierra está llena de tu gloria.* Lo cual visto y oído por Isaías, hallóse tan indigno de estar allí, y con la claridad de aquel Señor conoció sus propias faltas que antes no conocía; y compungido en su corazón, y muy humillado, dijo: *¡Ay de mí, que soy*

(9) En el rito actual no se dice la Confesión después del Credo.

varón de labios sucios, y moro en medio de pueblo que los tiene de la misma manera! (l. c.). No me espanto yo que un cristiano puesto delante de un altar, viendo con los ojos de la fe al Señor que allí está, y que a quien va a recibir es verdadero Hijo de Dios, igual a su Padre, y verdadero hombre, de mayor dignidad que los ángeles, al cual le cantan los serafines cantares de mucho loor con todas sus fuerzas, que el tal cristiano se encoja y humille, y se le represente su indignidad más que antes, y gima diciendo: «¡Ay de mí, que soy pecador!»

Mas no desmayéis, que si tembláis como Isaías, también habrá remedio para vos como para él. Voló un serafín de aquellos que estaban alabando al Señor, y fué al altar donde había fuego, y tomó con unas tenazas un carbón encendido, y fué con él adonde estaba Isaías, y tocó con el fuego sus labios; y díjole palabras de mucho consuelo: *Mira que he tocado tus labios, y es quitada tu maldad, y quedas limpio de tu pecado.* Gran cosa se hizo con él, mas mayor se hace contigo. Un serafín voló para le limpiar; y con un carbón, que es una poca de leña encendida, le tocó sus labios. Mas ¿quién contará la sobrepujante merced que en el altar se hace al cristiano cuando recibe a nuestro Señor?, pues no envía serafín para que limpie nuestros pecados, mas aquel mismo Señor que allá vió Isaías en espíritu (el cual dice San Juan (Apoc., 4) que era Jesucristo), ése mismo descende de la silla de su gloria, y no con carbón encendido, mas consigo mismo; y no se contenta con tocar nuestros labios y transformarnos en Sí, ni para hasta entrar en nosotros, para que de más cerca de nuestro corazón más excelentes efectos obre con Él.

Escrito está (Deut., 4, 24): *Nuestro Dios, fuego gastador es.* Y en otra parte (Malac., 3, 2): *¿Quién podrá pensar el día de su advenimiento, y quién estará en pie para poderlo mirar? Porque Él será como fuego que apura, y como hierba con que emblanquecen los paños, y sentarse ha apurando y limpiando la plata, y purificará los hijos de Levi.* En aquel día del terrible juicio de Dios será fuego gastador de los malos, ejercitando en ellos tan de verdad su justicia, que examinando sus obras y hallándolas malas, se cumplirá lo que está escrito (Malch., 4, 1): *Sabed que vendrá un día encendido como horno, y todos los soberbios y que*

obran maldad serán como paja, y quemarlos ha el día que viene, dice el Señor de los ejércitos, y no dejará en ellos tronco ni hoja; gustarlos ha el Señor para siempre, castigándolos con deshonor, pobreza, tormentos, sin dejar cosa sin castigo, en cuerpo ni en ánima.

Allí está el Señor, fuego terrible, que castiga sus enemigos con severidad.

En el purgatorio *es fuego* que con justicia castiga a los que son sus hijos con severidad y misericordia, aunque parece tener más parte de rigor que de la dulcedumbre.

También *es fuego* castigando a sus hijos en este mundo con la tribulación (*Job*, 23), en la cual se perdonan los pecados, y se apuran los hombres en el horno de la tribulación; que aunque duela, mucha más parte tiene la misericordia que la justicia; más usa el Señor oficio de padre que de juez, pues está escrito (*Hebr.*, 12, 6): *Castiga el Señor al que ama, y recibe contentamiento en él, como el padre en su hijo.*

Mas por enseñar el Señor la suavidad de su amor y el abismo de su dulcedumbre, sin mezcla de amargura ninguna, enseñónos que *es fuego* de otra manera, escondido a todo humano entendimiento. ¡Quién alcanzara que era Dios tan verdaderamente *fuego de amor*, que descendiese del cielo, y se hiciese hombre por puro amor, y dijese (*Lc.*, 12, 49): *Fuego vine a traer a la tierra; ¡cuánto deseo tengo de que se encienda! Con un bautismo tengo de ser bautizado; ¡cómo vivo en estrechura, hasta que sea cumplido! Fuego de amor es el Señor, y descendiendo Él acá, y trabajando por nosotros Él en su vida, y muriendo Él por nosotros en la cruz, fué encendido con fuego de grave tribulación, y con entrañable amor que de dentro más le abrasaba; y muerto de amor por nosotros, dásenos en manjar para que, encendidos con tal amor, vivamos por Él.*

En el día del juicio *se sentará como fuego, examinando y purificando* a los que estuvieren delante de Él; y lo mismo hace aquí desde el santo altar. Aquel día *es encendido así como fuego*, y quemará y gastará a los malos desde el tronco hasta la hoja; y aquí está el mismo Señor *purificando y colando a sus hijos*, gastando en ellos la escoria de los pecados veniales, dejándolos limpios de muchos de ellos; y si

mejor disposición traen, purificalos de todos, sin dejarles chico ni grande.

No parezca a nadie cosa imposible, ni aun muy dificultosa, haber muy muchos hijos de la Iglesia católica que con tal cuidado viven de caer en pecados veniales pocos (10), y con tan buen aparejo reciben este fuego divinal que aquí está, que queden sin pecado ninguno, y les dure aquella limpieza a unos más tiempo, y a otros menos, según la medida de su diligencia y la gracia que el Señor les da. Que no dijo en balde el ángel San Gabriel al Profeta Daniel (9, 24): *Que se acercaba el tiempo en que fuese ungido el Santo de los santos, y viniese al mundo una justicia sempiterna, y el pecado recibiese fin.* ¿Queréis ver un testimonio de que, como lo prometió Dios, lo cumplió? Oíd a San Juan Evangelista, testigo abonado, cuyo testimonio, según dice él (Jn., 21, 24), es conocido por verdadero, cuyas palabras son éstas (1 Jn., 1, 8): *Si dijéremos que no tenemos pecados, nosotros nos engañamos, y la verdad no está en nosotros; mas si confesáremos nuestros pecados, fiel y justo es Dios para perdonarnos nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad.* Y arriba había dicho (v. 7): *Y la Sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado.* No os espantéis; que pues en la cruz aquella Sangre bendita fué tan subida de precio, que mereció el perdón de todos los pecados del mundo, que recibiendo la uno a ella misma cuando recibe el Cuerpo del Señor, le limpie de todo pecado venial.

¿Queréis saber cómo? Es fuego el Señor que allí está; fuego que consuela y no aflige; fuego que quien está en Él no desea salir de Él, como los que están en las otras maneras de fuego, como ya hemos dicho. Oíd, qué dice San Agustín hablando con este Señor: «¡Oh fuego santo, cuán dulcemente ardes, cuán suavemente quemas! ¡Pluguiese a Ti que todo yo ardiese en Ti!» Y si es fuego, y tan maravilloso y poderoso, no os maravilléis que eche centellas de sí, y pegue calor a los que se acercan a Él, según lo experimentan los que con pureza de ánima llegan a este Señor; algunos de los cuales, en entrando en la iglesia sienten su corazón encendido con calor que sale de aquel Señor, y otros se sienten del todo mudados cuando están en el altar esperando a lo reci-

(10) *Pocos*: pequeños.

bir, y experimentan, que así como el Profeta David hablando con Dios del grande rigor que enseñará a los malos en el día del juicio, dice (*Ps.*, 20, 10): *Ponerlos has como horno de fuego en el día de la manifestación de tu faz* (11); *el Señor en su ira los conturbará, y el fuego los tragará*; así en este santo día. y en esta dichosa hora, cuando uno [está] en la presencia de este divinísimo Sacramento esperando de lo recibir, saltan en él centellas que del Señor salen, que *lo encienden* en fuego de amor divinal, y *lo muda* el Señor, no con ira, sino con blandura, y *lo traga el fuego* de su amor. No es maravilla que pues Dios tiene ira para conturbar y quemar a sus enemigos. que tenga bondad y dulcedumbre de amor para, en presencia de su gesto (12), derretir y suavemente quemar a sus hijos.

Y si, antes que el fuego sea recibido del hombre, lo enciende con sus centellas, y lo calienta con su calor, ¿qué se puede esperar después que el cristiano ha metido dentro de sí este dulcísimo y eficazísimo fuego, sino que del todo quede hecho *horno de amor*. que en su manera imite y participe al fuego inmenso, que es Dios? ¿Quién dirá que no es fuego y horno encendido un Apóstol San Pablo, cuando decía (*Rom.*, 8, 35-39) que *ni tribulación, ni angustia, ni espada, ni vida ni muerte, ni cosa presente ni por venir, ni criatura baja ni alta, no le podrían apartar del amor de Dios, que está en Jesucristo*? Recibió el fuego, y tornóse fuego; porque no puede dejar de encenderse quien bien lo recibe, ni es posible alcanzar de otra parte, si de Él no, una centella de fuego.

Oíd a San Ignacio, que dice: *El amor mío, el Crucificado es, y no estoy en mí*. Y San Pablo dice (*Galat.*, 2, 30): *Vivo yo, más no yo, Cristo vive en mí*. ¿Habéis visto tal trueco, y tan bienaventurado, que el hombre es unido con Jesucristo, y transformado en Él? Pues este trueco, esta unión por amor, que estos Santos, y todos los que están en gracia, tienen, en este santo Sacramento es significada y es hecha. ¿No veis que recibimos al Señor debajo de forma de manjar? Y el bien recibirlo no ha de ser sólo comerlo, mas tener calor para digerirlo; pues cuando no hay calor en el estómago, el manjar es pesadumbre y causa de

(11) *Tu faz (vultus tui)*. La edic. 1596 *tu Padre*.

(12) *Su gesto*: su faz, su rostro.

enfermedad, en lugar del mantenimiento y salud para que se tomaba. Con la fe comemos a Cristo, y con el amor le digerimos; y como su amor sea muy más fuerte que el nuestro, digiérenos Él y conviértenos en Sí, pegándonos consigo; a semejanza de un manjar que el hombre ha comido, que después que ha pasado dentro del cuerpo, por muchas operaciones que en él ha hecho el calor natural, al fin viene a pegarse como engrudo en la misma substancia del hombre, quedando hecho semejable, siendo primero cosa muy diferente.

10.—*Contra pecados veniales, el Sacramento del amor.*

¡Oh eficacísimo fuego de Jesucristo nuestro Señor, cuánta es tu suavidad! ¡Cuánta nuestra honra y provecho el día y hora que ordenaste esta misericordia incomprensible, de entrar Tú en nosotros hecho nuestro manjar, y con el gran calor de tu amor, mudarnos y mudarnos, hasta que quitada nuestra escoria, nos hace semejables, amándote en semejanza de como nos amas, y llevando el fuego de aqueste divinísimo Sacramento, que es el más excelente de todos!

El Bautismo es señal y causa de regeneración; otro Sacramento, que da fuerza para confesar la fe, es llamado Confirmación; otro, que da perdón de pecados, Sacramento de Penitencia; y así los otros tres tienen sus particulares nombres, significaciones y efectos.

Muchas hijas congregaron riquezas; mas Tú, divinísimo Sacramento, excedido has a todas (Prov., 31. 9). La perfección de la ley consiste en amor. La cosa que a Dios más agrada es amor, y nuestra bienaventuranza está en juntarnos con Dios por amor; y este divinísimo Sacramento se llama *Sacramento de amor* y unión, porque por amor es dado, amor representa, y amor obra en nuestras entrañas. De manera que, pues todo este negocio es amor, el Señor recibido es fuego, el que bien lo recibe también lleva fuego de amor: juntándose tales dos fuegos, ¿qué tales pensáis que pararán a los pecados veniales?

Ningún fuego con tanta ligereza quema una paja pequeña, con cuanta, por la obra de este Sacramento, es deshecho y quemado el pecado venial. San Damasceno dice, que: «Cuando el fuego de nuestro de-

seo se junta y recibe a este fuego y carbón encendido, divino, que es Jesucristo, quema nuestros pecados y alumbra nuestros corazones.» El pecado venial cáusase de tibieza de amor; y como aquí el amor del hombre, encendiéndose más con la compañía del amor divino, hierve y sobrepuja a sí mismo, destruye y aniquila a los pecados veniales como una cosa poderosa a un contrario suyo muy flaco; como el fuego toma entre manos al metal de oro y plata, y obrando en ellos, quita de ellos lo que no es semejable, y los deja apurados y resplandecientes. Y de esto no se maraville nadie, pues el fuego de amor bastó a purificar tantas escorias de pecados mortales y veniales como la Magdalena tenía, según el Señor dió testimonio, diciendo (*Lc., 7, 47*): *Perdonados le son muchos pecados, porque amó mucho.*

Lleguemos, pues, con firmeza de fe, con buena esperanza, con fuego de amor a este fuego inefable que aquí está encerrado, que sin falta acrecentará lo bueno que Él mismo nos dió, y quemará lo que hallare extraño, dejándonos apurados (13), resplandecientes, limpios y santificados; que escrito está (*Is., 41, 22*) que dice Dios (y aquí lo hace): *Yo quité tus pecados como el sol quita las nubes.* Es fortísimo fuego para quemar las escorias que afeaban al ánima; es fortísimo sol de justicia, que con su grande calor consume las nubes de los pecados veniales que se habían puesto en medio de Dios y del ánima; porque aunque el sol del todo no se fuese de ella y la dejase a oscuras, mas eran impedimento para que no le luciese ni la calentase como solía; y, en fin, estaba una cosa en medio de Dios y del ánima, que ni a Él ni a ella hacía buen gusto; lo cual quitado por este sol de justicia que en el hombre entró, el ánima goza de su Dios a su placer, y el Señor descansa en ella muy de mejor gana que en el cielo empíreo, pues como en casa que más le costó, «mora, como San Bernardo dice, de mejor gana que en el mismo cielo».

Y así como Él es lucidísimo y hermosísimo sol, así la parará a ella resplandeciente, semejable a Él, como fué figurado cuando se transfiguró en el monte Tabor, *y le resplandeció la cara como el sol, y fueron hechas sus vestiduras blancas como la nieve (Mt., 17, 2).* Nosotros nos vestimos de Cristo, como dice San Pablo

(13) *Apurados*: purificados.

(Gal., 3, 27) porque en la gracia y virtud que de Él recibimos perdemos nuestra fealdad y cobramos honra y hermosura del cielo; y nosotros *somos vestiduras* de Él (Is., 49, 18) porque nuestros bienes son gloria suya, y lo atavían y honran, pues son testimonio de su grande bondad con que nos los dió, y el gran valor de su Sangre con que nos los mereció. Y estas *vestiduras* que atavían su Cuerpo, y aun se llaman su Cuerpo (1. Cor., 12, 27), que somos nosotros cuando nos transformamos en Él, participamos del resplandor que recibió en su cara cuando se transformó, siendo emblanquecido más que la nieve (14), como David lo deseaba y pedía, diciendo (Ps., 50, 9): *Rociarme has, Señor, con hisopo, y seré limpio*; lo cual se hace cuando nos limpian de pecados mortales; *lavarme has, y seré emblanquecido más que la nieve*, cuando nos limpian de pecados veniales. Para todo tuvo amor, para todo tuvo precio su Sangre. *Nos amó*—dice San Juan (Apoc., 1, 5)—*y nos lavó en su Sangre*. Y pues recibiendo el Cuerpo del Señor, recibimos también su Sangre que en sus venas está, no se maraville nadie que metiéndonos en esta piscina, que aunque roja en el color, tiene virtud para emblanquecer, salgan nuestros vestidos limpios de manchas, que, como dice el Evangelista San Marcos (9, 2), *ningún batanero sobre la tierra tan blancas las pudiera parar*. Y entonces obra el Señor lo que está escrito (Efes., 5, 25): *Que se entregó a la muerte para parar a su Iglesia hermosa, que no tenga mancha ni arruga, ni cosa de esta hechura, para que sea santa y sin mancha* de pecado venial; porque tales para a los que bien le reciben, que no les queda mancha de pecado venial, y les quita las arrugas de las imperfecciones.

Y a algunos principales miembros de su Iglesia los deja tan libres y resplandecientes, que ni les queda *culpa* ni *pena* de pecado venial; y si acabado de colmulgar muriesen, volarían al cielo como si hubieran recibido el santo Bautismo. A otros les quita todas las culpas de pecados veniales, y pierde los enojuelos que con ellos tenía, y les deja reformado el fervor del amor que habían perdido, aunque queden en alguna obligación a pagar penas de purgatorio. Estas cosas

(14) *Donys. de cael. hier.*, p. 3, c. 3.

obra el Señor diferentemente, según las diferentes disposiciones de quien lo recibe.

Y no hay remedio tan grande para purificación de nuestros defectos, y quemar las pajas de pecados veniales, como bien recibir este fuego sagrado, con que se encienda el fuego de nuestro amor y se quemen las pajas de los veniales. Y aunque no se pueda pasar esta vida sin caer en algunos de ellos, si tomamos esta medicina dulcísima y suavísima, no nos dañarán, pues por ella nos son perdonados; hasta que este mismo Señor, que aquí nos limpia de nuestros pecados, nos dé tan fuerte limpieza, que nunca más la podamos perder, confirmándonos en su gracia, y dándonos gloria.

TRATADO 18

FIESTA Y PROCESIÓN DEL CORPUS (III).

(*Predicado la víspera del Corpus.*)

*David et omnis Israel lu-
debant coram Domina.*

David y toda Israel se re-
gocijaban ante el Señor.

(2 Rg., 6, 5.)

1.—*El Arca de Dios.*

Desde que el soberano Señor, para gloria de su bondad, crió hombres, siempre tuvo comunicación con ellos, enseñándoles los hermosos caminos de la virtud, y oyendo sus oraciones, y recibiendo servicios y sacrificio de las manos de ellos, como parece en el discurso de la humana generación (1), que duró el tiempo de la ley de naturaleza.

Mas cuando este Señor quiso ser conocido y servido de mayor número de gente, eligió al pueblo de Israel, que estaba cautivo en Egipto, y sacándolo con grandes milagros de aquella miseria en que estaba, trájolo al monte Sinaí, donde después de haberle dado la Ley, por la cual reglasen sus obras, y diesen testimonio de la obediencia que se debe al Señor, ordenó que hubiese lugar señalado donde su pueblo le ofreciese devotas oraciones y sacrificios, en testimonio de su divinal Majestad, la cual es principio y fin de todas las cosas, y como a tal, le sacrificasen y orasen, y Él, como Omnipotente y de suma bondad, les oyese, enseñase, y con serena faz recibiese sus sacrificios, usando con ellos obras de Padre y Maestro. Y

(1) *De la humana generación; hoy diríamos del humano linaje.*

con estas entrañas dijo a su siervo Moisés (*Ex.*, 25, 8): *Hazme un tabernáculo, y moraré entre vosotros.* Beneficio grande por cierto, avvicindarse el Criador con sus criaturas, y señalar lugar donde los efectos de su misericordia fuesen más usados, y diesen testimonio del particular cuidado y amor que Dios a aquel lugar tenía.

Obedeció Moisés al Mandamiento de Dios, y recibida de Él la traza de lo que debía hacer, mandó fabricar un tabernáculo de madera y un arca de madera de Setín, dorada toda de dentro y de fuera con purísimo oro; la cual tenía dos codos y medio en largo, y uno y medio en ancho, y otro tanto en alto (*l. c.*, 10, 11); y como dice Josefo, «cada codo tenía dos palmos».

Y esta arca fué llamada el *Arca de Dios*, y fué puesta en la parte más honrada del tabernáculo (*Ex.*, 42). y allí era Dios consultado por su sacerdote, y daba respuestas de lo que debían hacer. Y dentro de ella mandó Dios poner las dos tablas de piedra en que estaban escritos los diez mandamientos con su mismo dedo (*Ex.*, 31), dando a entender que su Ley no la debemos echar tras las espaldas, mas tenerla guardada, como cosa de mucho precio, en nuestra memoria y corazón, como en preciosísima arca.

Y aunque en otra parte dice la Escritura (*Núm.*, 17) que estaba en esta Arca también la vara de Aarón, que floreció en testimonio de que Dios le elegía a él y a sus descendientes por sacerdotes, y que con esta vara, también estaba un vaso lleno del maná celestial, para memoria del beneficio que hizo Dios a aquel pueblo manteniéndole con este manjar por el desierto cuarenta años enteros: mas pues la Escritura divina no puede contradecirse, porque toda ella, y cada parte de ella, es inspirada por el Espíritu Santo, que es suma Verdad, hemos de entender, para quitar esto que parece contradicción, que dentro de la misma Arca no estaban sino las dos dichas tablas, y en lo de fuera de ella estaban apegadas estotras dos cosas: conviene a saber, la vara y el vaso del maná; o como dice Santo Tomás (2), donde dice el Apóstol que estaban estas tres cosas en el Arca, se ha de entender que de principal intento estaban las tablas solas.

Esta dicha Arca fué traída en los hombros de los

(2) Sobre el c. 5 a los Hebreos.

levitas, y otras veces [de los] sacerdotes, hasta que fué puesta en la tierra de Promisión, en la tribu de Eirain, en un lugar que se llamaba Siloé. Y después fué cautivada de los filisteos, y vino a Betsames, y desde allí fué llevada a Gabaa, que es muy vecina, o es collado de Cariatiarim, que quiere decir Ciudad de las Selvas, según lo canta el Salmista, que dice (Ps., 31): *Oimosla en Efrata, y hallámosla en los campos de las Selvas*, que es la dicha ciudad de Cariatiarim. Y si Efrata es nombre apelativo, que quiere decir *fertilidad*, no será lugar distinto, sino esta misma ciudad, que era fértil; y si es nombre propio Eirata, tomarse ha aquí por Efraín, donde estuvo el Arca primero; o si se toma, como se suele tomar, por Belén, quiere decir, que estando David, cuando pequeño, en Belén, como de allí natural, oyó decir de esta Arca, y ahora cuando fueron por ella, la hallaron en la dicha ciudad de Cariatiarim, que David llama *campos de Selva*.

Estando, pues, la dicha Arca en este lugar, pareció a David (según era devoto del culto divino) que no se honraba allí, ni frecuentaba el Arca del Señor como convenia, *e hizo voto de no dar descanso a sus ojos, ni entrar en su morada*, quiere decir, que no reposaría, *hasta que hallase lugar conveniente donde poner el Arca del soberano Señor* (Ps., 131, 3, 4).

Y por más enseñar la devoción que a ella tenía, propuso de hacerle en su casa real un tabernáculo, el mejor que él pudiese, y colocarla allí. Y habiendo pensado él esto dentro de sí, no fiándose de su parecer en cosa tan ardua, dice la Escritura (2 Reg., 6) que mandó llamar a los capitanes del ejército y a todas las demás personas que se solían juntar en consejo pleno para la determinación de las cosas graves que se ofrecían; y estando juntos les propuso su determinación y deseo, diciéndoles que si este negocio les parecía bien, y era cosa que venía de Dios, que le avisasen de ello para que se pusiese en efecto. A todos les pareció cosa justa y conveniente a la honra del Señor, pues la honra de su Arca redundaba en el mismo Señor; y con esta determinación fueron todos por el Arca. Y, como dicen las palabras del tema, *el rey David, y toda la casa de Israel, traían el Arca del Señor con grande alegría*; sonaba música muy acordada de muchos cantares, y también la había de órganos, arpa y vihuela y otros muy muchos

instrumentos; y de seis en seis pasos que andaba el Arca (2 Reg., 6, 13) mataban muchos animales en sacrificio al Señor.

Y aunque era cosa hermosa, y que daba honra al Señor, ver tantos regocijos con que era llevada su Arca, lo principal, y que más devoción podría causar a quien lo mirase, era el encendido fervor y profunda humildad con que el santo rey David dejado su vestido real (2 Reg., 6), *se vistió una ropa de lienzo, que era ropa de los levitas, y bailaba y daba saltos y saltos con todas sus fuerzas, delante del Arca del Señor (l. c., 14)*, teniéndose por muy honrado de hacer oficio de humildad delante del Arca de la soberana Majestad, cuya alteza es tan grande que pega honra a cualquier cosa, por baja que sea, que por su servicio se haga.

Y con esta devoción y concierto comenzaron a traer el Arca; aunque por cierto desastre que acaeció, según contaremos, no se llevó de aquella vez a la casa real de David, hasta que, pasados los tres meses, fué tornada a llevar con la misma solemnidad y regocijos, y fué asentada en el lugar que el rey David le tenía aparejado; en el cual estuvo hasta que su hijo el rey Salomón edificó aquel solemnísimo templo de Jerusalén, y en el *Sancta Sanctorum* del dicho templo aparejó lugar para el Arca de Dios, y con grandísima fiesta y regocijos la llevó y asentó allí.

2.—La santa Humanidad de Cristo.

Contádoos he, y oído habéis, los beneficios grandes del Señor que hizo a aquel pueblo antiguo en darle su Arca, en la cual se decía particularmente estar, asistiendo en ella, y haciendo particulares mercedes al pueblo.

Mas, ¡oh Señor!, cuán aventajadas mercedes son las que habéis hecho a vuestro pueblo cristiano, dándole otra Arca más excelente, sin comparación, así en lo que toca a vuestro descanso como en lo que toca a hacer mercedes al mundo. Con mucha razón mandasteis decir a vuestro pueblo nuevo por vuestro Profeta Isaías (43, 19): *De las cosas primeras no os acordéis, y las cosas antiguas no las miréis: mirad que hago nuevas todas las cosas, y presto vendrán, y las veréis*

San Pablo dice (*Colos.*, 2, 16) que aquellas cosas *eran sombra de las cosas que estaban por venir*, y que *el cuerpo* de ellas, quiere decir *lo significado*, y el cumplimiento y el tomo de ellas es de *Cristo*, porque en Él se cumplen con entera verdad; como cuando viene el cuerpo es cumplido lo que representaba su sombra.

Y si esto es así en las otras ceremonias, cuánta razón tenemos de dar gracias al soberano Señor, que tan por entero cumplió con nosotros la figura del Arca pasada, dándonos en lugar de la madera de Setín, que dicen ser incorruptible, los purísimos e incorruptibles miembros y Cuerpo de Jesucristo nuestro Señor, en los cuales ni entró gusano de pecado, por el cual se corrompiese su ánima, ni entró podredumbre que sucede a los cuerpos muertos, porque Él fué *el Santo* (*Ps.*, 15, 10) que aunque vió muerte, *no vió corrupción*.

Este Cuerpo santísimo está todo dorado de dentro y de fuera, muy mejor que la otra Arca; porque tiene un ánima llena de Espíritu Santo, gracia y amor, y diversos dones que la enriquecen con más excelente valor que el oro. Aquí dentro están las tablas de la Ley de Dios; porque, como dice San Pablo (*Colos.*, 2, 3): *En Él están escondidos los tesoros de la sabiduría de Dios*.

Y no falta aquí la vara sacerdotal, pues este Señor por institución y *juramento irrevocable* de su Padre eterno, es *Sacerdote para siempre, según la orden de Melquisedec* (*Ps.*, 109, 4), sacerdocio más digno que el de Aarón.

Y aunque estas cosas son de tanta grandeza y excelencia, que no solamente exceden sin ninguna comparación a aquella Arca antigua, mas aun a todos los hombres santos, y aun a todos los ángeles, desde el menor de la primera orden (3) hasta el mayor de los serafines, pues todos ellos no igualan con la santidad de este Señor; mas con todo esto, hay otra cosa mayor que todas éstas, con mayor proporción que ésta excede a todas las otras: la cual es, que no solamente el Señor tiene cuerpo y ánima, en la cual mora por gracia la divinidad como Señor en su casa, mas está en Él la misma persona divina del Verbo, eternalmente engendrado del Eterno Padre, no como

(3) De la ínfima jerarquía.

en los otros Santos por gracia de Dios, mas con singularísimo modo, y a Él sólo concedido, que siendo hombre sea también Dios, no por participación, sino por verdad de Persona. Este es el *nombre sobre todo nombre* (*Phil.*, 2), honra sobre todas las honras, que ni en los siglos pasados tiene semejable, ni tendrá para siempre. Este es el maná, manjar de dulcedumbre infinita, que estaba en el Arca que presente tenemos, figurado por el otro maná, de muy poco valor en comparación de éste. Esta es la grandeza que el Apóstol San Pablo quiso declarar cuando, hablando de nuestro Señor Jesucristo, dijo: *En el cual mora el cumplimiento de la divinidad corporalmente* (*Col.*, 2, 9); no porque la divinidad sea cuerpo, mas porque el modo de morar en Jesucristo no solamente es según gracia, que es cosa accidental, mas es otro modo distinto y de mayor excelencia sin comparación, cuanto va de *cuerpo* que es substancia, a calor que es accidente, y de ser Dios por Persona, a ser Dios por participación.

Y de esta manera el Arca que se nos ha dado en lugar de la otra, y que hemos de llevar mañana en la procesión con nosotros, es hombre que tiene cuerpo, y ánima llena de mayores gracias que ninguna criatura en cielos ni en tierra; y el que mora en ella es Dios verdadero; y el modo de morar es, que Dios y hombre sean una Persona y dos naturalezas (4).

¡Oh pueblo cristiano, qué debes a Dios! ¡Oh cuánta honra te ha hecho! Y en cuánto cuidado te ha puesto de agradecer y servir mercedes tan valerosas, que exceden a las pasadas como del cielo a la tierra, y en cuya comparación nos está mandado que *olvidemos las otras*, como cuando viene el rey nos olvidamos de su mensajero, y cuando parece el cuerpo no curamos de la sombra que le precedía, y, en fin, edificado el arco, no curamos de la cimbra, y venida la verdad de la cosa, no curamos de la imagen de ella.

(4) De las grandezas de la santa Humanidad de Cristo habla el autor en el *Tratado del Amor de Dios a los hombres*, n. 3.

3.—*Institución de la fiesta del Corpus.*

Y porque merced tan señalada no quedase sin agradecimiento y servicio que por ella es debido al Señor, ni los hombres quedasen sin aprovecharse de beneficio tan inefable, así como en el otro tiempo el Espíritu Santo inspiró al santo rey David aquel ferviente deseo de que fuese honrada el Arca del Señor, y llevada con grandes regocijos, y puesta en lugar conveniente, así acá, y con mucha más razón, inspiró el mismo Espíritu Santo al Papa Urbano IV (5) que mandase celebrar esta fiesta, dándole a entender la grandeza de esta merced y la alteza de este milagro lleno de tantos milagros, en el cual el Señor quiso tanto extender su mano a hacer maravillas, que el cielo y la tierra no las pueden comprender, y no cesan de se maravillar.

Cosa nunca oída ni vista, que hallase Dios manera cómo, subiéndose al cielo, se quedase acá su misma Persona por presencia real, encerrada y abreviada debajo de unos accidentes de pan y de vino; y con inefable amor dió poder a los sacerdotes ordenados según la orden de la santa Iglesia romana, que diciendo las palabras que el Señor dijo sobre el pan y vino, *hagan* cada vez que quisieren *lo mismo* que el Señor hizo el Jueves Santo en la noche una vez, y con las dichas palabras de la consagración nos lo trajesen del cielo de entre los ángeles, y nos lo pudiesen entre nosotros, y lo comiésemos como dulcísimo y provechosísimo manjar, y fuese nuestro compañero en los trabajos de este destierro, y nuestra defensa entre los peligros; y finalmente, remedio muy bastante y sobrepujante contra todos los males que nos pueden venir, según David lo vió en espíritu y lo

(5) A las revelaciones de una humilde religiosa, la beata Juliana de Cornellón (1193-1259), debemos la grandiosa solemnidad del *Corpus Christi*. Juliana logró que la fiesta fuese instituída en su propia diócesis de Lieja y celebrada por primera vez en 1247. Muerta ya Juliana, el Papa Urbano IV, que había sido arcediano de Lieja, en su Bula *Transiturus* (1264) extendió la fiesta a toda la Iglesia. El Concilio de Viena de Francia (1311-1312) mandó ejecutar la Bula de Urbano IV.

profetizó diciendo: *Pusiste una mesa delante de mí contra todos los que me atribulaban* (Ps., 22, 5).

Es tan grande esta merced en los ojos de quien la sabe estimar, y tan grande la reverencia, agradecimiento y amor que a la presencia de este Señor que entre nosotros está le debemos, y tan grande la pureza de conciencia con que debe ser recibido y tratado Él y todo lo que a Él toca, que puesto esto en una parte, y de otra cuán mal cumplimos estas obligaciones, así los sacerdotes cuando decimos Misa, como los legos cuando la oyen, y cuando comulgan, y cuando entran en la Iglesia; y finalmente, unos y otros somos negligentes y flacos en la honra y en el uso de este divinísimo Sacramento, que cometemos por todo el año muchas faltas, y aun pecados en el trato de él.

Por lo cual ordenó el Espíritu Santo por medio del dicho Pontífice, que así como está diputado en el año un día en que se hace fiesta de *Todos los Santos*, para suplir la negligencia que entre año hemos hecho cuando celebramos sus propios días, así acá, aunque la Iglesia hace cada año memoria de este Misterio en el día del Jueves de la Cena, en el cual fué instituido, mas ocupada entonces en los oficios de la Pasión del Señor, no puede hacer fiesta ni señales de agradecimiento que a tan alta merced son debidas, se disputan ahora cada año estos ocho días enteros para solemnizar por entero esta fiesta, y celebrarla con tanta vigilancia y devoción, que sintamos y estimemos profundamente la grandeza de este beneficio, y lo honremos con tan buen aparejo, que en estos pocos días recompensemos y deshagamos todas las negligencias que en su servicio hemos hecho en todo el año; y recreada nuestra ánima con tan dulce memoria y con recibir tan poderoso manjar, sea hecha participante de los admirables efectos que este soberano manjar obra en quien bien lo recibe, y quedemos industriados para de aquí adelante honrarlo con mayor reverencia y recibirlo con mayor fruto. Porque así como el trabajador se mantiene de su viña y campo, y el mercader gana en sus ferias para mantenerse en el año, así el buen cristiano ha de celebrar su fiesta tan bien, que recompense las faltas que ha hecho en todo el año. Y cuando la festividad es muy grande, como éstas y otras semejantes, ha de

TRAT. 18.—FIESTA Y PROCESIÓN DEL CORPUS

cumplir faltas de tiempo más largo, y ganar espiritual hacienda para muchos días.

Y así celebremos esta festividad, que siendo encendidos de amor de aqueste Señor, y embriagados y hartos en recibir este divino manjar, y ricos con tener presencialmente con nosotros al mismo Señor en testimonio de su amor y en prenda de nuestra esperanza, salgamos mañana por esas calles, como quien no cabe de gozo dentro de sí, ni dentro en la iglesia, a rebosar lo que sentimos a las anchuras de las calles y plazas, protestando con nuestra fe, que éste es nuestro Señor, Rey, Redentor, Esperanza y Mediador; Criador nuestro, por ser Dios; camino para pasar a gozar de Él, por ser hombre; y finalmente, que es nuestro único y cumplido bien, con el cual nos tenemos por tan ricos, que por todas las cosas no le trocaremos. Y de este fuego de amor y de gozo que en nuestros pechos tenemos, salen centellas y regocijos de tuera, con que hacemos fiesta cuan solemne podemos, para que el Señor reciba gloria y servicio, y los ángeles alegría, y los fieles sean confortados en la fe y devoción de este divino Sacramento.

Y para que, como el Concilio Tridentino (6) dice, viendo los herejes que celebramos este Misterio con firme fe y con devotas alegrías, o se conviertan a nuestra verdad o queden confundidos en las tinieblas de su error (7), siendo rechazados y condenados con el gran resplandor de nuestra festividad, como la idólatra reina Atalía viendo coronado y adorado por rey a Joas (4 Reg., 11, 14). Y si se quedaren en su perversa incredulidad y pertinacia, e hicieren burla de nuestras fiestas y danzas, como hizo Micol de David porque bailaba y saltaba delante del Arca, responderles hemos como David a Micol (2 Reg., 6, 16): «Vive el Señor que nos escogió para pueblo suyo, y nos hizo fieles, y os reprobó a vosotros porque habéis perdido la fe, con la cual gozárades de lo que gozamos; que pues David bailaba con todas sus fuerzas

(6) Sess. 3, c. 5.

(7) Entre los protestantes, negaron la presencia real de Cristo en la Eucaristía Carlostadio, Zuínglio y Oecolampadio. Lutero no osó negarla; Calvino usó palabras anfibológicas. A la fiesta del *Corpus* dió el Concilio de Trento cierto carácter de protesta contra la falsa reforma.

delante del Arca del Señor, que hemos de bailar nosotros, y enseñar cuantos regocijos pudiéremos delante del Señor de todas las cosas que aquí presente llevamos, y que a vosotros os ha de castigar con la maldición con que castigó a la mofadora Micol, que fué con *no darle el Señor hijos en toda su vida.*» Así ha castigado Dios todas las herejías que se han levantado contra este divino Misterio en los tiempos pasados, pues que la destruía luego y las ahogaba con sus mismos autores, *no dando generación de hombres*, que las creyesen ni las siguiesen; y de esta manera esperamos en la divina misericordia y poder del mismo Señor, que ha de tornar por su verdad y deshacer todo lo contra ella levantado, para que acabándose el mal con sus malos autores, sea por todos conocido y adorado este Señor que llevamos con nos.

Esta, pues, es la causa de nuestros regocijos y de esta santísima fiesta: la institución de la cual, como cosa a Dios agradabile y de mucha importancia, se supo por revelación muchos días antes que fuese instituida (8), según el mismo Papa Urbano IV lo testifica.

4.—*Indulgencias de la fiesta del Corpus.*

El cual, considerando por espíritu del Señor la grandeza de aquesta fiesta, y el mucho fruto que los fieles podrían sacar de ella asistiendo a los divinos Oficios, concedió las indulgencias siguientes a los que estuviesen presentes a ellos:

Primeramente, a los que estuvieren en las primeras Vísperas, cien días de indulgencia, y a quien en las Completas, cuarenta. Y en los Maitines y Misa y segundas Vísperas, en cada uno ciento. Y en las otras Horas canónicas del jueves, por cada una cuarenta días. Y a quien estuviere presente, en los otros siete días del octavario, a la Misa y Horas canónicas, concede por cada día cuarenta días de perdón.

Y para mayor consolación de los fieles, ordenó el Espíritu Santo que todo esto que el dicho Papa mandó y concedió, fuese confirmado y de nuevo man-

(8) Alude a la revelación de la Beata Juliana de Cornellón.

dado por el Papa Clemente V, presidiendo en el Concilio universal de Viena.

Y después el Papa Martino V concedió otras tantas indulgencias como están dichas y añadió de nuevo otros cien días de indulgencia a quien fuere en la procesión, y otros ciento al que comulgare. Y después el Papa Eugenio IV, movido con el mismo espíritu, concedió otras tantas indulgencias como cada uno de los Pontífices pasados. Y así montan todas las que se ganan en los Oficios divinos por todos aquellos ocho días, cuatro mil y cuatrocientos días, y los de la procesión doscientos, y para quien comulgare otros doscientos.

Y ruégoos mucho, que aunque tengáis las orejas a oír que por esto o aquello se ganan diez, y aun cien mil años de perdón (9), no dejéis de tener las indulgencias ya dichas en mucho, por ser concedidas por tan justísima causa como es la veneración de aqueste sacrosanto Misterio, y cuanto la causa es más justa, tanto es más acepto el valor de las indulgencias.

Y estad avisados, que para ganar éstas y otras habéis de estar en estado de gracia; porque lo que ellas conceden es remisión de la pena de los pecados, y ésta no se puede quitar, si la culpa no se quita primero por la penitencia. Póngase cuidado, porque el Señor, que desea que todos estén en su gracia, favorece de tal manera a quien la quiere alcanzar, que sin mucho trabajo el hombre puede venir a ella, si del todo no la tiene en tan poco, que no quiere pasar nada por ella. Lo que se requiere es—y para ello mismo ayuda el Señor—tener dolor del pecado y propósito de enmienda, y de confesarse cuando sea obligado. Y quien de verdad tiene esto, puede confiar alcanzará la gracia del Señor. Mas porque pocos saben hacer esto bien hecho a solas, y porque se requiere más perfecto dolor cuando el hombre no se confiesa que cuando se confiesa, y las indulgencias se conceden a los verdaderos penitentes y confesados, es cosa más segura no dilatar la confesión, sino hacerla, si algún impedimento justo no hubiese que la estorbase; porque si lo hay, llevando el dicho dolor y propósito, de creer es que la intención del Papa sea

(9) Ahora están modificadas todas estas concesiones.

que el tal hombre gane las indulgencias (10). Y también creo que las ganaría el que, después de la postrera confesión que hizo, no ha caído en pecado mortal, aunque ahora no confesase; porque las palabras de *los verdaderos penitentes y confesados* parece entenderse de quien no ha hecho pecado mortal.

Mas pues debéis procurar de recibir en esta fiesta el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, para lo cual debéis confesar, no es menester andar muchas disputas, pues sabemos el cierto camino. Y para que entendáis cuánto provecho os será, y con qué aparejo lo habéis de hacer, el recibir el santo Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, para cumplir con esta santa festividad, os contaré las mismas palabras del santo Concilio, que dicen así:

«Por tanto, amonestamos y exhortamos en el Señor a todos los Obispos, y por estos escritos apostólicos estrechamente mandamos, que en virtud de santa obediencia, y lo ponemos en remisión de vuestros pecados, que en el dicho Jueves por cada un año celebréis devota y solemnemente, y hagáis cuidadosamente ser celebrada por todas las iglesias de vuestras ciudades y de vuestros obispados, esta fiesta tan alta y gloriosa; y que amonestéis por vuestras personas o por otras en el domingo de la Santísima Trinidad, que precede al dicho Jueves, que los cristianos, por verdadera y pura confesión, y por liberalidad de limosnas, y con oraciones frecuentes y atentas, y con otras obras de devoción y piedad, de tal manera procuren de se aparejar, que muestren ser hechos participantes de este preciosísimo Sacramento en el dicho día del Jueves, y lo puedan recibir con reverencia y alcanzar aumento de gracia» (11).

Cuán bien ha hecho el Señor todas las cosas; dad magnificencia a su santísimo nombre, y alabadle con la voz de vuestros labios y con cantares de música. y diréis en su alabanza: Todas las obras del Señor son muy buenas (*Malach.*, 7). ¡Qué bien ha ordenado el Señor esta fiesta! ¡Con cuán justa causa! ¡Y cuán bien pagará a los que dignamente la celebra-

(10) Ahora está muy bien determinado cuándo se requiere confesión y comunión para ganar las indulgencias.

(11) Palabras del Concil. Vienense.

ren! ¡Y cuán grande motivo de alegría espiritual y corporal nos ha dado!

5.—*Reverencia en la procesión. El castigo de Oza.*

Grande consuelo nos fuera no tener que hablar otra cosa, ni que mudar el son de alegre en triste. Mas esto, hermano, que en la alegría habemos de considerar las obras de Dios tan llenas de sabiduría, benignidad y amor con nosotros, se nos torna en tristeza, considerando lo mal que nosotros respondemos a ellas, y el poco fruto que de ellas sacamos; y plega a Dios no saquemos daño, y plega a Dios no saquemos pecados, por no usar de ellas como debemos. En procesión iremos mañana con esta Arca preciosa, inefable y divina: roguemos a Dios que la sepamos reverenciar y tratar para su gloria y nuestro provecho, y que no nos acaezca algún desastrado caso que nos entristezca, como acaeció en la otra procesión del Arca del Testamento, que entristeció y atemorizó al rey David y a todo el pueblo, por alegres que iban.

Cuenta la historia divina, que cuando fueron por el Arca del Señor, que estaba en casa de Abinadab, la encomendaron a dos hijos suyos, que se llamaban Oza, y éste era el mayor, y Ahio, que era el menor, los cuales eran levitas, e hijos de levita, y por eso les convenía de oficio llevar el Arca del Señor *sobre sus hombros*, según Él había expresamente mandado. Mas por no estar santificados para oficio tan santo, como llevar encima de sí el Arca de la santidad de Dios, o por ventura por huir el trabajo de aquella carga, no la quisieron llevar ellos *sobre sus hombros*, como lo debían hacer, y como sus antecesores lo habían hecho cuando la trajeron por el desierto y después; mas pusieronla *encima de un carro nuevo*, al cual llevasen dos bueyes, imitando en esto a los filisteos, ajenos del conocimiento de Dios (1 Reg., 6), que cuando tuvieron cautiva esta Arca y la enviaron a la tierra de Israel, no la honraron con llevarla encima de sus hombros, sino enviáronla en un carro nuevo, al cual llevaban dos vacas. Yendo, pues, el un hermano, que era el menor, delante del Arca guiando los bueyes, y el mayor, como más principal, iba más cercano y puesto al mismo lado del Arca,

iban contentos, y parecíales que con esto cumplían bien con su oficio.

Mas al Señor y Juez de todos, delante del cual es muchas veces culpado el que pensaba ser justo, pareció otra cosa muy diferente; y yendo todos haciendo grandes regocijos delante del Arca, llegaron a la era de Nacor, o por otro nombre Quidón; y allí, o porque los bueyes se desasosegasen, o según a otros parece, porque iban en grandísima manera quebrantados del peso del Arca del Señor, por no ser convenientes para llevar cosa tan santa, en fin, el Arca se inclinó como que iba a caer; y cuando el levita Oza, que iba a par del Arca, vió aquello, puso sus manos, y tóvola para que no cayese. Obra por cierto piadosa, según el humano parecer, mas no según el juicio divino. Y como el levita tendió las manos para tener el Arca, tendió también Dios las suyas para le castigar, y tan recio, que quebrantándolo y partiéndolo, lo mató allí luego en aquel lugar. Y aunque este delito se cometió al principio de la procesion, porque no tomaron el Arca sobre sus hombros como Dios mandaba, mas no los quiso castigar Dios entonces hasta que la experiencia dió a entender el yerro pasado, y cuánta diferencia iba de ser llevada su Arca por animales brutos con desasosiego, o por gente consagrada a Dios, que la llevasen con pureza de ánima, y con mucho tiento y reverencia. Y aunque todos los que allí iban fueron inadvertidos en no mirar y avisar de este yerro; mas el soberano Juez castigó solamente a Oza, porque a él le incumbía por oficio saber y hacer lo que en este caso debía; y era más principal, y por esto debía ser más cuidadoso que todos, y que su hermano menor, aunque también era levita.

Puso este castigo tan grande espanto a cuantos allí iban, y especialmente al rey David, que temió llevar el Arca del Señor a su casa como tenía pensado, y púsola en casa de Obededón geteo, que también era levita (1 Paral., 13), hasta que pasados tres meses, e informado de cierto que el Señor había hecho muchas mercedes a Obededón por haber recibido en su casa el Arca de la santidad, perdió el miedo que le había puesto el castigo pasado, y tornó a congregar a Israel para que fuesen por el Arca a casa de Obededón, y la trajesen con gran solemnidad a

su propia casa real, como lo había pensado primero.

Y como hombre temeroso de Dios, y que había entendido que la causa de aquel terrible castigo fué porque los levitas, como no aparejados para ello, no llevaron el Arca sobre sus hombros, según el mandamiento de Dios nuestro Señor, llamó a Sadoc y a Abiatar, sacerdotes, y a otros levitas, y dijoles (1 Paral., 15): «Vosotros, que sois Príncipes de las familias de Leví, santificaos, y los otros vuestros parientes también; y llevad el Arca del Señor Dios del pueblo de Israel, al lugar que le está aparejado, porque no se haga alguna ilícita cosa y nos hiera el Señor como la otra vez, porque no estábades presentes.» Oyéronlo de muy buena gana y voluntad, y santificáronse unos y otros, y tomaron el arca del Señor encima de sus hombros, según el mandamiento del Señor, y lleváronla con solemnidad sin acaecer cosa que les turbase su alegría; porque el suceso de lo que se hace a contento de Dios siempre es bueno.

6.—Alerta los que llevan sobre sus hombros el gobierno del pueblo.

Si estas cosas habemos oído con sentido de temor de Dios, entenderemos que aquel recio castigo que el Señor hizo contra aquel que no quiso llevar sobre sus hombros el Arca, y que tanto espanto puso a los que iban presentes, no se hizo por ellos solos, mas para dar aviso a todos los que tratan las festividades de Dios, pasados, presentes y por venir. Porque así como en una palabra que enseña, habla a todos, así en un hecho que hace con uno, es aviso para todos los ausentes y que estamos presentes aquí.

Teman, y con mucha razón, los prelados, curas, y beneficiados, a quienes está mandado que ellos mismos en sus propios hombros lleven el Arca de Dios, que son sus cristianos, cuidándolos, enseñándolos, sufriendo sus pesadumbres y cargas, aliviándoles sus trabajos, y cumpliendo cada uno personalmente su oficio y residencia. Teman los reyes y señores, de hurtar el cuerpo a los negocios de sus vasallos, contentándose con llevar el provecho y la honra, y poniendo la carga de los cuidados y despacho de negocios sobre hombros ajenos. *El varón vano*—dice la Escritura (Job, 11)—*levántase en soberbia, y tiénese por*

libre como hijo del jumento silvestre, al cual no le doman ni cargan. Y así piensan algunos tener licencia para holgar o vanamente ocuparse, viéndose encumbrados y abastados con la grandeza de sus señorías.

Mas la verdad es que nadie heredó tal libertad, y quien la tiene, él se la toma contra toda justicia. Porque si miramos aquel primero y común padre Adán, del cual todos venimos según la carne, no le veremos holgado como a sardesco, mas con azadón en la mano labrando la tierra para *comer su pan en sudor de su cara* (Gen., 3), como Dios lo manda. Y si miramos el segundo Adán, que es Jesucristo nuestro Señor y Redentor, el cual, según dice Isaías (9), es *padre del siglo que está por venir*, porque de Él recibimos la regeneración de la gracia, como del primer Adán el ser natural, hallarle hemos, no con azadón cavando la tierra como el primero, mas cavadas sus manos y pies con crueles clavos, y sus espaldas y cuerpo aradas con *surcos de pecadores*, y su *principado puesto sobre sus hombros*; porque el señorío que le fué dado sobre los hombres fué con cargo de llevar la cruz y morir por ellos, verificando aquella sentencia, que «a tantos hombres tiene uno encima de sí, cuantos parece que manda». De donde parece que quien es persona pública, y huye de llevar las cargas de sus súbditos, ni vive como cristiano, pues no imita a Jesucristo nuestro Redentor, ni como hombre, pues como dice el Santo Job (5): *nació para trabajar, como el ave para volar*. De otra naturaleza debe ser, no de esta común que conocemos.

Y lo que de esto se sigue lo declara el Espíritu Santo, diciendo de estos tales por boca del real Profeta David (Ps., 72): *No participan en los trabajos de los hombres, ni son azotados con los azotes que a todos por el pecado vinieron. Y por esto poseyólos la soberbia, y fueron cobijados con impiedad y maldad, la cual salió de ellos en mucha abundancia como de una grosura. Pensaron y hablaron maldades, y contra el Alto tendieron sus lenguas, las cuales pusieron en el cielo, y pasaron por la tierra, diciendo mal de lo alto y de lo bajo. ¡Oh qué malos efectos se siguen de querer holgar aquellos cuyo oficio es trabajar! Mal señor tienen en la soberbia que los tiene poseídos; mal vestidos están con impiedad y maldad. Y si*